

Ensayo personal.

UNA AUSENCIA SIGNIFICATIVA EN LA PINTURA RUPESTRE ANCESTRAL.

Esteve Blanch, Jaume.

Cita:

Esteve Blanch, Jaume (2025). *UNA AUSENCIA SIGNIFICATIVA EN LA PINTURA RUPESTRE ANCESTRAL*. Ensayo personal.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/jaume.esteve.blanch/17>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pUko/pYE>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

UNA AUSENCIA SIGNIFICATIVA EN LA PINTURA RUPESTRE ANCESTRAL

Jaume Esteve Blanch

Doctor en Antropología Social y Cultural

Resumen:

En formato de breve ensayo planteamos la extraña ausencia temática de objetos celestes —principalmente Sol y Luna junto con el resto de cuerpos astrales visibles— desde la aparición del arte rupestre y durante todo el Paleolítico Medio y Superior. Dichos objetos supuestamente visibles habitualmente entonces, ya constituyeron una temática habitual a partir del Neolítico, no solo como materia artística y teológica, sino también como fuente de utilidad habitual guiando cosechas y desplazamientos, a la par que dando lugar al desarrollo de la Astronomía.

Palabras clave: Cuerpos Celestes, Arte Rupestre, Paleolítico Medio, Paleolítico Superior, Ausencia.

Abstract:

In a short essay format, we discuss the strange thematic absence of celestial objects—primarily the Sun and Moon, along with the rest of the visible astral bodies—from the appearance of Rock Art and throughout the Middle and Upper Paleolithic. These objects, supposedly usually at that time, already constituted a common theme from the Neolithic onward, not only as artistic and theological topics, but also as a common source of useful information, guiding harvests and travel, while also giving rise to the development of astronomy.

Keywords: Celestial Bodies, Rock Art, Middle Paleolithic, Upper Paleolithic, Absence.

En nuestro artículo de 2018,¹ se citó la extraña realidad de no observar ningún objeto astral en la temática parietal del período aludido. La conclusión a la que llegamos en el documento citado consistió en apelar como temática rupestre primordial a los fundamentos nutricionales de la vida: alimentación en el sentido más amplio, pero básicamente lo que se relacionaba con la caza de animales o zoomorfismo, al tiempo que se enfatizaba una simbología que propusimos para el agua. Dentro del resto de objetos representados, algunos esquemáticamente,

¹ J. Esteve (2018). *El agua: una propuesta simbólica en el arte rupestre del Paleolítico Superior*. www.aacademica.org y www.academia.edu

no aparecía explícitamente ningún cuerpo celeste. Por su luminosidad y movimiento, muchas veces aparentemente caprichosos (fases lunares, eclipses, etc.), cuesta de entender su total ausencia entre los elementos plasmados en el arte parietal de aquel periodo, sea cualquiera el territorio donde se han ido encontrando sus manifestaciones ancestrales.

El apelar por parte de ciertos autores a supuestas simbologías que solo se conjeturan —o a determinados soportes artísticos (arte mueble en tallas en hueso) que podrían contener alusiones supuestamente a la Luna— esas menciones no dejan de ser consideraciones posibles aunque no superen cierta extrañeza en buscar simbologías casi tautológicas² para elementos tan visibles y fácilmente reproducibles con unos simples trazos como son el Sol y la Luna.

Partimos, pues, de un planteamiento si no radical si bastante evidente y que podríamos formular como sigue: “Siendo evidente que el Sol y la Luna, junto con las miríadas de otros objetos celestes, algunos temporales como los cometas, se pueden observar corrientemente, salvo en periodos fuertemente nubosos, y cuya situación de visibilidad en relación a nuestro planeta estaba ya asegurada en el pasado, debería existir alguna razón, nos atrevemos a decir que “de peso”, para que dichos objetos no fueran trasladados al arte parietal o rupestre del Paleolítico mencionado, aunque no fueran la temática principal, a través de una figuración empíricamente aceptable.”

Nos parece conveniente remarcar que no nos referimos a una escasez de representaciones, como es el caso exiguo de figuras antropomorfas, vegetales o cursos de agua —todo ello menos habitual en el arte rupestre que los elementos zoomorfos—, sino a la ausencia absoluta de dichos objetos celestes en el contexto que ahora desarrollamos. Y ello evidentemente en lugares o enclavamientos residenciales muy alejados a veces, en tiempo y lugar unos de otros,³ lo que de alguna manera pondría en duda ciertos imperativos de préstamos culturales, como tendremos ocasión de desarrollar más adelante.

La duración del período en el que dicho arte parietal inicia y desarrolla la temática antes referida —que podría estimarse entre 60.000 y 40.000 años según

² Es cierto que una parte no despreciable de los contenidos del arte parietal, y por extensión del arte prehistórico sobre cualquier soporte, contiene elementos cuyos significados se nos escapan si es que los tenían más allá de una función meramente de acompañamiento de los motivos principales.

³ Estamos hablando de una geografía que va desde el Sudeste asiático hasta el Oeste mediterráneo.

estudios recientes de pinturas rupestres en Indonesia para la primera fecha—, plantea la incógnita, pero especialmente el interrogante radical, sobre la razón última de la no documentada⁴ presencia de objetos celestes en dicha temática. Cabe pues plantearse hipótesis, difícilmente se podrá llegar más lejos, sobre la eventual causa de dicha llamativa ausencia, hipótesis que estructuraremos en dos apartados básicos: el cultural y el telúrico, aun asumiendo la radicalidad de parte de este segundo planteamiento.

En el segundo de los enfoques aceptamos el apriorismo que consiste en la dificultad de aceptar que la causalidad propuesta se haya podido mantener durante el largo período temporal antes reseñado.

En relación a la categoría causal apuntada en primer lugar, la cultural, nos permitimos introducir las temáticas parietales predominantes en el Paleolítico Superior haciendo referencia a lo que propusimos en p. 10 de nuestro artículo anteriormente citado:

La presencia de animales-comida (bisontes, uros, equinos, cérvidos, etc.) viene acompañada de las representaciones de animales-peligro (leones y osos, entre otros). En ambos casos la inmanencia que interpretamos refiere más bien a una función taxonómica que a una supuesta invocación trascendente, detallando elementos inmediatos de supervivencia u otros que suponían serios riesgos para la vida de las personas.

En ese párrafo formulábamos a nuestro criterio un imperativo temático, al menos mayoritario pese a la diversidad de fuentes, concebido como un afán indudable en apelar figurativa o simbólicamente a las fuentes de supervivencia identificadas por las bandas de cazadores-recolectores.

Es posible o probable que dicho afán no hubiera acompañado a nuestros congéneres del período mencionado, cuando se trataba de representar objetos cuya connotación primaria no parecía guardar relación con la supervivencia. Siendo el Sol la fuente primaria de energía exterior a nuestro planeta, el desconocimiento de dicha función por las microsociedades de aquellos tiempos no lo incluiría en la categoría de elemento de supervivencia o de garantía de crecimiento poblacional. Hecho aún más aplicable a la Luna y a los soles y

⁴ Aquí hacemos referencia a ciertas simbologías antes aludidas y que representarían vicariamente los objetos celestes cuya pertinencia nos cuesta aceptar.

planetas, estos últimos todavía indiscernibles para aquellos individuos, salvo en su evidencia de azarosas agrupaciones de puntos luminosos en las noches estrelladas. En esta proposición su ausencia temática obedecería a consideraciones de no utilitarismo basado en la supervivencia.

Podrían formularse otros planteamientos ya que no deja de ser sorprendente la aparente indiferencia de los cazadores-recolectores hacia los mencionados objetos celestes, el Sol y la Luna, que las sociedades ancestrales que siguieron al Paleolítico (tanto en Eurasia como en América) empezaron a atribuirles significados a menudo trascendentes. Esos posibles planteamientos, sin ser plasmados parietalmente, podrían suponer que, habiéndoseles dado algún tipo de trascendencia a ambos objetos celestes durante el Paleolítico, se hubiera construido una exigencia cultural en forma de veda o, más imperativamente, como tabú irrepresentable. Recordemos un tabú lingüístico sobre un teónimo ibero, exportado posteriormente en un cristianismo sincrético, y que todavía hoy se menciona coloquialmente en el sur de España, consistente en la prohibición de *mentar la Bicha*, bajando el tono de voz cuando se alude a ese teónimo en el fraseo coloquial.

Sean razonables los planteamientos apuntados u otros que se nos puedan escapar, parece evidente que alguna razón debería existir para que nunca, de forma explícita y formal, aparezcan los dos objetos celestes mencionados entre las pinturas rupestres producidas en el Paleolítico Superior en Eurasia e incluso del Medio si referimos a las pinturas documentadas en Indonesia. La rareza de esa disparidad dificulta también alguna consideración de préstamos culturales con esas eventuales vedas o tabúes, ya que difícilmente entraron en contacto todas las sociedades de ese período en las que se registra ese “olvido” de lo celeste en sus particulares representaciones rupestres.

En p. 2 hemos aludido a consideraciones telúricas en las ausencias parietales que estamos comentando, consideraciones ajenas por tanto a las que hemos planteado anteriormente dentro de eventuales causalidades culturales. También hemos aludido, y ahora conviene recordarlo de nuevo, a la dificultad en plantear la vigencia de dichas causalidades telúricas en periodos de decenas de miles de

año. Ello no obstante, nos parece que, si bien no en su totalidad pero sí durante unos periodos suficientemente largos a escala de generaciones, las causas que a continuación plantearemos podrían haber influido inicialmente en dichas ausencias debido a severas opacidades persistentes en la atmósfera terrestre. El tiempo diverso en que dichas opacidades pudieron condicionar la visibilidad en su traslación al arte rupestre, será un elemento relativo que, en cualquier caso, podría solo afectar al período en que dicha práctica artística empieza a desarrollarse y que solaparía partes del Paleolítico Superior y del último período del Medio.

El vulcanismo, con su correlato sísmico no siempre en aparición simultánea, pudo ocasionar modificaciones climáticas de envergadura que afectarían a la atmósfera del planeta. Situaremos datos comparativos escogiendo tres erupciones significativas, la última de ellas en periodo protohistórico, para discernir sobre eventuales impactos de las materiales y energías liberadas hacia la atmósfera, el territorio y las masas marinas. Por orden cronológico apuntamos a Caldera de la Garita (Colorado-EE.UU), acaecida hace unos 27 millones de años, Toba (Sumatra-Indonesia) y Thera (Santorini-Grecia). La primera de las mencionadas se considera la mayor erupción detectada hasta la fecha a partir de las huellas en suelos terrestres. Liberó 5.000 m³ de lava con una potencia estimada en 240.000 megatonnes.⁵ La segunda erupción señalada, Toba, liberó unos 2.800 m³ de materiales; ocurrida hace unos 75.000 años, su influencia climática supuso un freno en las migraciones ya emprendidas por el *H. Sapiens* en Eurasia y posiblemente retardó su entrada en la parte europea que no se produjo hasta 30.000 años después de dicha erupción. El cambio climático producido por la energía liberada, que pudo ascender a los 72.000 megatonnes, creó un cuello de botella en la evolución de varias especies, entre ellas la nuestra. Parece indudable su influencia sobre el crecimiento de las especies vivas del planeta, condicionado por una atmósfera que limitó gravemente la insolación, junto con los gases tóxicos que acompañaron a dicha erupción, como secuela de impacto más

⁵ La bomba de Hiroshima liberó una energía equivalente a 15 kilotonnes (1 megatón=1.000 kilotonnes).

inmediato.⁶ En tercer lugar describimos una erupción menor, simplemente para establecer una gradación del impacto físico ya que, pese a la modesta potencia de la misma comparativamente con las dos anteriores, tuvo una significativa afectación en términos histórico-culturales: nos referimos a la erupción en la actual isla de Santorini (antiguamente Thera), datada entre los años 1.600-1.500 AEC, con una liberación de energía del orden de 1.400 megatonnes (solo el 2% de lo descrito para Toba o un 0,6% de lo que ocurrió en Colorado). El tsunami que ocasionó destruyó la costa norte de Creta y dio pie a la desaparición de la civilización minoica.⁷

Conviene no olvidar las erupciones con huellas mucho menos visibles: las producidas en los fondos marinos. Como veremos más adelante los mares y océanos, ocupando una buena parte de la superficie terrestre, pueden haber registrado fenómenos geológicos de gran envergadura, cuyo registro, datación e impacto en forma de tsunamis o calentamientos locales de masas marinas, son sumamente difíciles de establecer aunque no se dude de su ocurrencia; los fondos marinos están más cerca de las zonas ígneas del planeta que la superficie terrestre, por supuesto. Es una constatación de lógica elemental, aunque la masa marina puede constituir un atenuante parcial en la manifestación en superficie de la energía liberada por dichas erupciones submarinas.

Junto con el vulcanismo y la sismología, como agentes de modificación temporal de las condiciones climáticas, no tendríamos un marco completo de manifestaciones catastróficas a escala planetaria si olvidáramos los impactos de meteoritos o asteroides. Si bien es cierto que localmente pueden estar registradas por su huella geológica, también es cierto que pudo haber grandes impactos no registrados todavía en superficie u ocultos por los mares. Citamos en primer lugar el más conocido⁸ por su impacto biológico en todo el planeta, causante de la desaparición de los grandes saurios entre otras especies. Ocurrió

⁶ Añadiremos que algunas estimaciones sitúan la población de *H. Sapiens* que sobrevivió en cifras que oscilan entre 2.000 y 10.000 individuos, debido a un largo invierno desencadenado por la erupción que se calcula en 15 años de opacidad atmosférica y el consiguiente enfriamiento de la superficie terrestre.

⁷ Algunos historiadores han relacionado esta erupción y las manifestaciones catastróficas subsecuentes en el oriente mediterráneo, con las plagas de Egipto descritas en el AT o con el mito de la Atlántida, a la que este autor añadiría el Diluvio, también registrado en AT.

⁸ Omitimos el impacto temprano en la formación del Sistema Solar cual fue el choque de un gran objeto celeste con la Tierra en formación y que dio lugar a la conformación de la Luna hace aproximadamente 4.500 millones de años.

en zona colindante con el golfo de México (cráter de Chicxulub en Yucatán) hace unos 66 millones de años; su diámetro se estima en unos 12 km y delimitó una huella de 150 a 200 km. La energía liberada se estima en unos 100 millones de megatones. El más reciente, entre los meteoritos de gran envergadura, o catastróficos a escala global, es el llamado “evento Eltanin” situado en la costa Oeste de la Antártida; su datación apunta a 2,5 millones de años,⁹ con una masa que se deduciría del posible diámetro del bólido cifrado entre 1 y 4 km, dejando un cráter de unos 35 km.¹⁰ No afectando gravemente a la fauna terrestre, al menos zonalmente, sí que hubo de provocar, al igual que el de Yucatán salvando la diferencia sustancial de tamaño, un cambio climático temporal debido a la evaporación de agua y formación de nubes persistentes cargadas de sales marinas. Otros impactos de envergadura variable se habrán producido en mares y océanos, generando modificaciones climáticas, cuya cuantificación energética y datación es muy problemática de establecer.

La tierra emergida representa *grosso modo* el 29% de la superficie de nuestro planeta¹¹ y esa sería la probabilidad de que un impacto meteórico quedara registrado como huella en la parte emergida, al igual que las erupciones volcánicas submarinas. Es decir, pueden haberse producido impactos meteóricos de intensidad desconocida en zonas oceánicas, cuyo rastro solo podría deducirse a partir de cambios de envergadura variable en la climatología y que consistiría en tsunamis y modificaciones drásticas en la atmósfera de zonas continentales más o menos extensas, generando opacidad por presencia de vapor de agua, en forma de nubes persistentes, y con un grave impacto sobre los niveles de insolación y, por tanto, sobre el crecimiento de vegetales fotosintéticos.

El hecho de que los dos ejemplos mencionados se detectaron en la proximidad de tierras emergidas, viene a poner de manifiesto la dificultad, por no decir la imposibilidad, en datar otros impactos meteóricos en zonas marítimas

⁹ Coetáneo con la aparición de *H. Habilis*.

¹⁰ Conviene tener una visión de escala sobre el tamaño de los dos asteroides descritos. Si los comparamos con el que en 1908 impactó en Tunguska (Siberia-Rusia). Su diámetro supuesto era de 20 metros y la energía liberada por el impacto se estimó en 20 megatones. Estas cifras comparativas ponen de manifiesto la enorme liberación de energía en el caso de los dos impactos que acaban de señalarse.

¹¹ Esta proporción ha sido variable durante la historia geológica del planeta, pero podemos aceptar dicha cifra como válida, sin oscilaciones de envergadura, para el Paleolítico Medio y Superior, periodo en el que situamos la discusión de este ensayo.

abiertas. Solo indirectamente —cambios climáticos severos— se pueden intuir posibles impactos aunque sin poder identificar fácilmente las zonas geográficas afectadas y la envergadura de los asteroides. Si tomamos en consideración que los cráteres de impacto conocidos en tierra firme, de entidad media-alta, se estiman en unos 200, podríamos casi asegurar que en los mares terrestres pueden haber impactado 800 asteroides del rango de tamaño referido, si bien con una resultante climática desconocida como acabamos de mencionar.¹²

El hecho de que una modificación sustancial del clima pudiera ocasionar el ocultamiento del Sol y la Luna durante periodos prolongados es una posibilidad que tuvo que producirse, en más de una ocasión, por causas planetarias endógenas o exógenas. La glaciación de Würm, última registrada en nuestro planeta, con una duración de 100.000 años entre el Paleolítico Medio y el Superior, pudo tener posiblemente más de una causa: exógena, planetaria,¹³ solar o por colisión de un asteroide o cometa, pero sería poco razonable suponer una opacidad atmosférica durante todo ese período.

Ello no obstante, mantenemos esta posición como una de las causas posibles que daría cobertura a la ausencia parietal estudiada: la invisibilidad atmosférica de los cuerpos celestes pudo dar pie a que no figurasen como objetos representables en el arte rupestre. Si ello duró decenas, centenas o miles de años, hipótesis esta última bastante improbable, tal vez fue suficiente para que, al acontecer su visión, se creara un tabú de representación imposible como —otra hipótesis— elementos hacedores de una nueva cosmovisión, tal vez incorporándolos a modelos o simbologías mágico-religiosos. La mayor vitalidad en la vegetación derivada de la desaparición de masas nubosas persistentes, fue aumentando los elementos disponibles de supervivencia para las poblaciones, hecho que sus poblaciones podría interpretar como una manifestación trascendente.

En esta interpretación causal, y al margen de la fundamentación exclusivamente cultural, lo invisible se convierte en algo tal vez innombrable e irrepresentable cuando se avistan espectaculares objetos celestes, después de siglos o milenios de opacidad atmosférica. Será ya en el Neolítico cuando este

¹² La imagen de los cráteres lunares es una evidencia de impactos coetáneos en la Tierra, hoy disimulados en parte por la vegetación o por su caída en mares y océanos.

¹³ Movimientos periódicos del eje de la Tierra o cambios en la polaridad de su magnetismo.

tabú fue quizá desapareciendo y esos cuerpos celestes pudieron incorporarse a la temática de elementos parietales, sin olvidar necesariamente su interpretación trascendente. Quedará por averiguar qué severa catástrofe endógena o exógena, de aceptarse estas hipótesis, pudo tal vez condenar a los seres vivientes del Paleolítico Medio o Superior a largos años de nubosidad densamente persistente, ralentizando significativamente la actividad biológica en amplias zonas del planeta.

Castelló de la Plana, Mayo-Junio 2025